

siquiera en la señora. Volviéndose ésta rápidamente hacia su amiga, dijo:

—Esté usted atenta. Veremos si al pasar por aquel sitio hace la señal de la cruz. Dice que lo hace siempre desde aquel día.

Ambas á dos se volvieron, hice yo lo mismo, y aunque el tranvía estaba á una distancia de cincuenta pasos, vimos que el cochero se persignó.

—¿Ha visto usted?—preguntó la señora á su amiga,—¿Ha visto usted?

Y dijo estas palabras con tal acento, que no me extrañó ver que al mismo tiempo se llevaba las manos á los ojos como para ocultar las lágrimas. Comprendí que aquellas lágrimas eran lágrimas de alegría: si aquel hombre hubiese continuado emborrachándose no hubiese hecho la señal de la cruz. Bebía menos; estaba, pues, salvado. Yo pensé por el contrario:

—Quizá se persigne porque ha bebido.

Pero en seguida me reproché aquel pensamiento.

¿Por qué no pensar en el bien? Creed, creed, porque el creer purifica los corazones.

Y al ver aquella sonrisa plácida, casi de complacencia materna, que brillaba en los negros ojos húmedos de la señora, repercutió en mi mente la dulce exclamación del Fogazzaro:

«Si; es muy hermosa el alma humana»

*
*
*

El «hermoso Mayo» hizo que viera también al joven pintor en el último trayecto de la línea del arrabal de San Segundo, en las horas aquellas de

la mañana en que el carruaje lleva una carga especial de pasajeros: monjes, médicos, empleados del Magisterio, de la Orden Mauriciana; parientes y amigos de los enfermos del hospital, con paquetes, lios de ropa, frutas y libros en la mano; algunos, con el rostro sereno; los más, tristes y pensativos. En el momento en que el tranvía salía de la calle para entrar en pleno campo, enfrente del Monviso, casi desvanecido sobre el hermoso azul del cielo, subió el joven, tan alegre y fresco que parecía el mismo mes de Mayo en persona, y teniendo todavía el pie en el estribo, me dijo alegremente que tenía una curiosa historia que contarme. No de la señora de la *correspondencia*, la cual era todavía para él un misterio; sino un caso curiosísimo que podía ponerse bajo el epígrafe: «Celos conyugales en tranvía», observado por él mismo. Se trataba de una señora entrada en años, la cual una vez que subió á una jardinera en el paseo de Caroli, por la parte trasera del carruaje, sin ser vista por los pasajeros que estaban en la delantera, descubrió en el primer banco la silueta de su marido, sentado en aquel momento al lado de una amiga suya, joven, con la cual sostenía animada y viva conversación, acompañada de movimientos de cabeza, y de aquella actitud de adoración ferviente, de aquella continuidad é intensidad de miradas sonrientes, que no dejan lugar á dudas acerca de la naturaleza de las relaciones entre un hombre y una mujer. Para convencerse mejor de su desgracia, la señora se había puesto de pie sobre la plataforma, y desde aquel observatorio estuvo durante un buen rato contemplando, con ojos chispeantes y

rostro lívido, el perfil de su cónyuge, que bebía amorosamente las palabras de la joven, así como el rostro de ésta; no perdiendo ni una mirada de sus ojos, ni una palabra de sus labios. La verdad es que parecían un par de palomos que se picoteaban. En la primera parada que hizo el tranvía, junto al puente de hierro, la señora había bajado como un rayo de la plataforma y subídose como un espectro en la de delante, enfrente mismo del marido y de su amada. El marido quedó estupefacto. ¡Qué mutación de escena! Fué una verdadera transformación digna de Frégoli. Lo mismo le pasó á la cara de su amante: parecían los rostros de dos difuntos. Y el colmo de lo cómico fué cuando se separaron ella y él, por instinto, y tan rápidamente, que parecía un cuerpo que se hubiese dividido en dos. La mujer se sentó de repente entre ellos, haciendo un saludo á ambos para cubrir las apariencias, pero con ojos que parecían dos tizones del infierno. . El tranvía no es nido de amores que deba recomendarse á maridos infieles.

Le pregunté á qué altura se hallaba mi amigo de sus pesquisas matrimoniales en la red tranviaria. Con gran estupor por mi parte, le vi sonreír y encogerse de hombros, como si le hubiera recordado una tontería de la que se avergonzase y que yo no debía haber tomado en serio. Quedó un momento pensativo, pero un instante después, cambiando por completo de aspecto, me preguntó:

—¿Qué piensa usted de las estudiantas?

No comprendí la pregunta.

—¿De cuáles?—interrogué á mi vez.

Pero en seguida advertí que me había pregunta-

do aquello, no para conocer mi parecer, sino para darme el suyo, y me lo dió con acento del que desea no ser contradicho, con un calor y abundancia de palabras insólito en él. Me aseguró que, por su parte, le parecía un prejuicio ridículo el sostener la inconveniencia de enviar á las jóvenes á los institutos y universidades; que era estúpido el hablar de peligros é influjos inmorales, pues que, á su parecer, era mucho menos peligroso que desde luego pudieran los dos seres frecuentarse y acostumbrarse al trato y compañía, que no tenerlos separados como se hace hasta aquí; que las jóvenes verdaderamente honestas y serias se hacen respetar, y además, ejercen un influjo bueno sobre los jóvenes, y que me podría citar de ello ejemplos; que la virtud verdadera y sólida no es la que se funda en la ignorancia de la brutalidad humana, sino aquella que viene del horror que se siente conociéndola, y que, de todos modos, el velo de la ignorancia se rasga ante los ojos de las jóvenes en las conversaciones que oyen durante todo el día por todas partes, en la novela, en el teatro, en los bailes, en el periódico, antes de lo que debiera suceder... y que de todos modos.. y que por esto...

Pero viendo que yo le miraba maravillado, movió la cabeza y habló de otra cosa, preguntándome por doña *Quijotina*. Le dije que la había visto, y entonces él me contó otra cosa de ella, que había sabido, por un amigo suyo, un mes antes. Un día, en el tranvía, habiendo visto que un chiquillo del pueblo miraba un dibujo pornográfico de una caja de cerillas, la señora le compró la caja por veinte céntimos y la tiró á la calle, y que algunos pasaje-

ros que estaban á su alrededor observaron el caso y se echaron á reír; ella, indignada, les contestó con un epíteto, no muy propio de una señora recatada, pero sí de una mujer sincera...

Mientras decía esto, el tranvía entraba en el camino de Stupinigi, abriendo calle á lo largo de la fila de señoras y caballeros que iban en bicicleta. El pintor, de pie sobre el estribo y á punto de bajar, me miraba y sonreía; pero á través de su sonrisa adivinaba yo la turbación en su rostro tan franco, turbación que no me parecía momentánea, sino un tanto persistente, lo cual me dió á sospechar que había ya encontrado, en una de las redes tranviarias, aquello mismo de que se esforzaba en hacerme creer que había desistido, ó que no había pensado sino por un momento.

*
**

También en el mes de Mayo hizo que volviera á ver al pequeño matrimonio del arrabal de San Donato que una tarde encontré en el tranvía de la Carrera de Casale, sentado en el primer banco. Ella iba con un sombrero adornado de flores de color de rosa, que parecía que estaba flamante, y una sombrilla lila; él, con un sombrero de paja colorada, adornado con una cinta azul, que se veía que acababa de salir de la tienda. Aquella indumentaria extraordinaria me hizo pensar que les hubiese tocado en suerte alguna pequeña fortuna, una herencia de algunos cientos de liras, ó alguna gratificación inesperada del marido, y que fueran á celebrarlo con una modesta comida en algún restaurant

de extramuros. Que indudablemente se encontraban en un estado de ánimo insólito, lo demostraba que él, hombre tan tímido y reservado, tenía el brazo alrededor de los hombros de su mujer, la cual inclinaba un poco la cabeza sobre su marido. Y al mirar aquel acto que hacía él, de estrecharla sobre su corazón, y casi de defender á su pobre esposa de cualquier peligro, en aquel acto que parecía decir: «Ved esta pobrecita, que á nadie gusta y que ninguno mira; es mi amor, mi tesoro, mi vida;» me conmovió, pensando que aquel hombre imaginaba que nadie debía ver ni fijarse en una demostración de afecto entre dos criaturas tan desdichadas, y que á nadie parecería una demostración de amor.

Pero de aquella consideración me apartó un accidente extraño que no había visto nunca en el tranvía. Disputaban desde hacía poco rato en voz baja, pero áspera, dos cónyuges de unos cuarenta años, vestidos decentemente y sentados en una de las banquetas del medio. De repente, el marido pasó un brazo detrás del respaldo y dió un puñetazo en la espalda de su mujer, sonando como un golpe de tambor. Todos los pasajeros se volvieron hacia el sitio en que se había oído el ruido, y al darse cuenta de lo ocurrido se levantó entre ellos un murmullo de indignación, pero como la mujer no dijo nada y el marido se estaba lisando tranquilamente la barba y quieto como si no hubiese pasado nada, á aquel murmullo de indignación sucedió una estupefacción cómica de aquella riña imprevista que había truncado tan de repente la disputa con el golpe, como si fuese una señal convenida entre ellos para ponerse de acuerdo en un momento crí-

tico. Y no hubo más que ver. Al ocurrir aquella escena se habían vuelto todos los pasajeros menos los dos esposos, los cuales no cambiaron de actitud hasta que llegaron á la Carrera de Caralt. Antes que el tranvía parase la esposa se levantó, y viéndola así de perfil advertí en seguida sobre su persona aquella curva ligera, que es el primer indicio de una nueva existencia humana. Entonces comprendí el por qué de aquella alegría insólita y por qué iban á comer á extramuros, y por qué apoyaba él el brazo sobre el respaldo de la banqueta en señal de protección amorosa. Las flores de color de rosa, la sombrilla aquella, el sombrero nuevo y el acto acariciador eran por *él*, y para *él* iban á merendar al campo; para *él* se habían puesto los trajes de gala, y para *él* eran el lujo y la fiesta. Y si no me lo hubiese dicho la curva que advertí, me lo hubiera hecho adivinar el acto de bajar el marido y tender las manos para ayudarla á bajar del tranvía, como si bajaran dos. Me volví un momento y los ví, apoyados uno contra otro, alejarse entre el polvo del camino. ¡Pobrecillos! ¡No parecía sino que hubiesen hallado la linterna milagrosa de Aladino y transformado su hostería en un palacio, haciendo caer sobre su pobre mansión una lluvia de flores y diamantes!

*
*
*

Pero el «hermoso Mayo» no se mostraba claramente para la pobre viejecita de Pozzo de Strada. Me bastó una sola mirada cuando la ví aquella mañana, en el tranvía de la calle Garibaldi, con su saco al lado, los ojos fijos en el vacío, para com-

prender que no había tenido noticias todavía de su *Giacolin*, y que se torturaba la mente y el corazón figurándosele á veces muerto, á veces prisionero, mutilado, famélico, errante como un arista de monte en monte, de desierto en desierto por la tierra misteriosa de la cual no sabía otra cosa que el nombre maldito. Eran aquellos días en que se hacían cuestaciones públicas en favor de los prisioneros y heridos de Africa.

Dos jóvenes, llevando un letrero en el sombrero, subían á los tranvías á recoger dinero. En mitad de la calle Garibaldi subió al nuestro un joven bien vestido, al parecer estudiante, y pasó de banqueta en banqueta con la bandeja en la mano. Hé aquí una de tantas ventajas como ofrece la *Carrozza di tutti*: ¿quién se atreverá á negar cinco céntimos á la caridad sin caer en el ridículo ante los ojos de los pasajeros? Muy pocos ví, sin embargo. Entre estos había algunos caballeros. Seguí con la vista la colecta hasta que llegó junto á mí el joven. Cuando puso la bandeja ante la viejecita ésta no comprendió y me miró con el asombro que podía manifestar su rostro casi petrificado por la impresión de un pensamiento único.

—Para los prisioneros y heridos de Africa,—dijo el joven marcando bien las palabras. Aquellas frases parecieron iluminar como la luz de un vago crepúsculo el rostro de la viejecita y sus ojos casi cerrados se abrieron. Ví en aquella mirada su pensamiento: dar alguna cosa era creer en la supervivencia de su hijo, era casi tanto como comprarse la ilusión de una esperanza. Buscó un rato en el bolsillo, sacó una moneda de cinco céntimos y no llegó

á depositarla: le parecía poco; sacó una moneda de níquel, su pan de un día quizá, y con la acción de una devota que hace su oferta á un santo del cual espera una gracia, miró al joven con expresión triste de simpatía y casi de gratitud como si él mismo debiera llevar á su hijo su óbolo, puso la moneda en la bandeja con mano temblorosa, luego volvió el rostro á su actitud primitiva con la mirada fija é intensa como si viese aquel cuadro de sangre y horror que desde hacía seis meses la torturaba el alma. Un pasajero que estaba á su lado rehusó bruscamente la petición, diciendo en voz fuerte al postulante:

—No; porque estoy cierto que á los prisioneros no llegará un céntimo.

¡Ah, bárbaro; si aquella sospecha horrible hubiese sido una verdad! Pero, por fortuna, pasaba el tranvía en aquel momento por delante de la iglesia de San Dámaso y la pobre viejecita, volviéndose para hacer el signo de la cruz, no oyó aquellas palabras.

*
**

¡Cuántos misterios aun en el mes de Mayo, del «hermoso Mayo», lleva la *Carrozza di tutti*! No se puede imaginar cosa más triste que aquella tarde en que un pobre cobrador se inclinó cortesmente para recoger el billete que me había caído de la mano en el último tranvía de la línea de San Segundo, donde iba yo sólo en el coche! Al darle las gracias le miré, y viéndole pálido y con aire de padecimiento, le pregunté si estaba enfermo. Contestó que no; pero parecióme que sólo esperaba una

palabra benévola que le inspirase confianza para decir más y para darle fuerzas para desahogar la pena que le afligía. Se la dije: de momento no hizo efecto; insistí y entonces habló; habló con voz temblorosa, en la cual se adivinaba una profunda sinceridad. Meses atrás, en un tranvía de aquella misma línea, tres desconocidos embriagados, irritados por una modesta observación que les hizo acerca de un billete, le habían dado en la cabeza un garrotazo horrible que le había hecho estar un mes en el hospital. Los tres borrachos habían sido reconocidos y la dirección de la Sociedad había entablado contra ellos causa criminal, creyendo que sería para él una ventaja, pues podría pedir daños y perjuicios. La causa estaba en tramitación; eso era lo que le angustiaba. Hubiese querido desistir del procedimiento porque temía una venganza, y su temor, excitado poco á poco por el trabajo continuo de la imaginación, se había convertido en un terror profundo.

—Comprenda usted,—me dijo,—que estamos expuestos día y noche. Y dar un golpe... es cosa de un momento. ¿Y si me lo dan? ¿Y si me quedo inútil para el servicio? Tengo mujer y una hija; ¡una mujer tan buena! ¡una hija que me quiere tanto!...

Su voz se ahogaba en la garganta; me causó piedad y procuré animarle; pero fué inútil. Reconoció que eran atinadas mis observaciones pero me contestó:

—Estoy asustado; no lo puedo remediar; no soy dueño de mí mismo; ¿qué quiere usted? tengo miedo. De día menos mal, pero cuando llega la noche empiezo á sentir un terror tan grande y tiemblo de

tal manera, que la sangre se me salta de las venas... ¡He pasado tantas noches sin dormir; he sufrido tantos dolores de cabeza, y después, cuando he entrado en la convalecencia, como que estaba á media paga, he comido tan poco que estoy débil y... créame usted, no soy el que era. Además, aseguro á usted que no les había ofendido en lo más mínimo; sólo les hice una pequeña observación... Yo soy respetuoso con todos... Usted mismo lo habrá podido advertir... Los pasajeros que me conocen me quieren bien... ¡Pero indudablemente mi desgracia estaba escrita!

Y repetía como un ritornello doloroso que le martirizaba el cerebro:

— ¡De día menos mal; pero cuando llega la noche, cuando veo encender los faroles!...

Decía estas palabras mirando á un lado y otro como si temiera ver gente apostada, y volvía á repetir:

— Estoy muy débil... He perdido mucha sangre...

Y todavía me dió más compasión momentos después cuando le ví pedir los céntimos del billete á algunos pasajeros con una cortesía tan humilde y casi asustado, como si en cada uno de ellos viese un enemigo que amansar, ó un defensor que convenía tener asegurado.

Y pensaba yo que quizá porque tardase un momento en hacer parar el tranvía, ó por alguna observación respetuosa sobre una moneda, ó por una simple sospecha cualquiera, aquella misma tarde le habrían tratado de mal empleado y amenazado tal vez con una denuncia á la dirección. ¡Ah! cuan-

tas iniquidades y crueldades; cuantas pequeñas injusticias se cometen continuamente sin saberlo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

*
**
"ALFONSO REYES"

1906. 1625 MONTERREY, MEX

¡Cuánta injusticia se comete también con el pensamiento! Encuentro una nota del último día de Mayo que dice: *el borracho*; y recuerdo un cuadro del que se podría sacar una buena escena para una comedia satírica. En un carruaje cerrado de la línea Viali había, entre una porción de señoras y caballeros elegantemente vestidos, doblado en dos, como un saco mal relleno, un hombre completísimamente embriagado, al cual le salían los cabellos grises por debajo del sombrero, esparcidos sobre la frente manchada de carbón, y de la boca pendía un trozo de pipa que llovía ceniza sobre su americana pringosa y destrozada. Miraba á su vecino con una sonrisa estúpida, frotándose las rodillas con las manos negras y moviendo la cabeza de una parte á otra como si meditase algunas palabras de excusa que no podía pronunciar, y en sus ojos, que tan pronto se abrían como se cerraban, se advertía claramente que tenía conciencia de su triste estado de embrutecimiento, y algo así como despecho por hallarse entre una compañía tan escogida. Desprecio también, náuseas y repugnancia instintiva expresaban los rostros de los pasajeros que se veían obligados á respirar el aliento de aquel borracho y las emanaciones de sudor que se escapaban de su cuerpo. Entre aquellos pasajeros ví á un señor que me era desconocido, pero que sin duda él me co-

nocia á mí, quien, mirándome, después de haber mirado á aquel hombre, parecía decirme claramente con los ojos y con la expresión sincera de su semblante:

—¿Estos son los que usted quiere redimir?

—Pues bien, sí; hubiese querido responderle: estos son, estos primero que los otros, ciertamente. Se engañó si creía que el embrutecimiento de un hombre así sea una vergüenza para él y para sus compañeros. Si ninguno de los de nuestra clase se emborracha, si ninguno de nosotros llega á ese estado de embrutecimiento tan feroz como el en que está ese hombre, es sin duda alguna, no por virtud propia, sino por lo que puedan decir los demás, por el qué dirá la opinión pública, y porque teme el desprecio que sentirían los otros hacia él si un día le vieran en ese estado. ¿Y qué es lo que hacemos nosotros, los inteligentes y fuertes para evitar que estos infelices abandonen esta vida? ¿Qué espectáculo ponemos ante sus ojos para que abandonen por un noble impulso la taberna, que les atrae y envilece? ¿Estamos seguros de darles un buen ejemplo?

Mi soliloquio fué interrumpido en Porta Palazzo por un grupo de caballeros que subieron en las dos plataformas, y que una vez puesto en marcha el tranvía continuaron hablando y charlando, apostrofándose desde una á otra parte, llamándose con gestos cómicos y palabras burlescas. Venían de la estación de Lanzo y habían ido sin duda de comilona á cualquier hostería de las cercanías, porque en sus bromas hacían referencia á los platos que les habían servido, y que parecían hechos por los

diablos. Tenían el rostro encendido, la voz llena y vibrante, la palabra atrevida y pronta, como la de quien ha bebido mucho vino generoso, y todos estaban en ese punto que separa la embriaguez decente de la borrachera vulgar, en aquel estado en que los primeros tropiezos de la inteligencia y de las palabras se disimulan todavía, gracias á la costumbre; y por algunas expresiones que se oían entre aquel guirigay, se adivinaba fácilmente que no había acabado todavía la fiesta, y que tenían en perspectiva, en el horizonte, otra serie de libaciones, aquel más allá aconsejado por Brillat Savarin, que hace más vivo el placer de los banquetes. Se veía tan claramente que estaban poseídos de una extraordinaria alegría y buen humor, que los caballeros y las señoras que iban en el tranvía los miraban con manifiesta simpatía, y reían al menor de sus gestos y palabras, algunas de las cuales provocaba un movimiento instintivo de pudor en las señoras, pero acompañado de una sonrisa de benévola indulgencia.

—Estos también,—pensaba yo,—acaban de beber con exceso, y creo, sin embargo, que podían haberse divertido de un modo más digno. Si no están tan borrachos como el otro, no es porque hayan bebido menos, sino porque han bebido mejor. Si son más finos que él, es porque su trabajo es también más delicado. Si no se duermen tan fácilmente como ese, es porque están menos fatigados, y han dormido mejor la noche pasada. En realidad, si se tiene en cuenta la condición diversa de unos y otro, representa una intemperancia mayor y mucho más culpable la de esos caballeros que la de ese borracho,

y de un ejemplo mucho más peligroso. ¿Por qué, pues, á esos se les excusa y se les pone rostro amable, y no hay ninguna excusa para el otro, para el pobre embriagado, que quizá ha tomado la borrachera para olvidar penas y trabajos horribles, y cuando menos debía inspirar un sentimiento de conmiseración?

De pronto el hombre del pueblo llamó la atención de uno de los del grupo, el cual á su vez llamó la atención de sus amigos, y todos se pusieron á mirarle, advirtiendo entonces que estaba dormido, y empezó una serie de frases á cual más ingeniosas y que provocaban la risa de los demás pasajeros. ¡Dios mío! parecía aquello el espectáculo de dos botellas de vino de á peseta que se burlasen de una botella de á veinticinco céntimos. Dentro del carruaje todos reían.

No todos; una señorita rubia muy joven, sentada en una esquina, estaba seria y miraba á aquel pobre borracho con expresión de tristeza y piedad, frunciendo el entrecejo al ver cómo se burlaban los demás viajeros de aquel pobre hombre. ¡Cuán bella me pareció!

Parini, estoy seguro que hubiese modificado, viéndola, su famoso verso y habría dicho:

Tú eres justa y humana.

*
**

Aquel rostro hermoso inspiróme una nota que apunté entre mis recuerdos de *Mayo* en la columna que decía: «Simpatías de tranvía,» que en aquel mes fueron muchas, quizá por el influjo de la atmósfera

templada que aclara y endulza el alma. «¡Simpatías de tranvía!» ¿es que acaso son de naturaleza distinta de las otras? No ciertamente; pero son de aquellas que inspira la gente encontrada al azar en los trayectos, y que con mayor deseo y de un modo más profundo penetran en el corazón, pues que al momento hacen ese trabajo de las simpatías que se adquieren en otras partes, y lo hacen en mucho menor espacio de tiempo. Recuerdo yo entre esos rostros simpáticos algunos vistos de frente, otros de perfil, otros á través de los cristales, iluminados unos por el reflejo de los faroles, encuadrados varios en los vanos de las puertas, apoyados en los montantes de las jardineras destacándose sobre el fondo verde de los árboles, dibujándose sobre las aguas lucientes del Po, observados durante pocos minutos, y sin embargo recordados siempre. Rostros de muchachas, de obreros, de señoras, de jóvenes, de viejos, de madres que expresaban una santa resignación de dolor, almas benévolas y serenas, espíritus fuertes y generosos prontos al bien ajeno, corazones ardientes de ambiciones nobles y de nobles esperanzas, que viven obscuramente trabajados y trabajadores en beneficio de todos, rostros cuya primera impresión de simpatía fué creciendo siempre á medida que los iba viendo, ya por una sonrisa, ya por una palabra, ya por una expresión fugaz de sus ojos. Así como en una cascada de agua gris se ven brillar de cuando en cuando puntos luminosos como diamantes, así entré la multitud indiferente que pasa ante vosotros en aquel carruaje cotidiano, se ven, durante algunos días y durante algunos momentos, varios de esos aspectos de la

naturaleza humana que consuelan á quien los observa, en los cuales se piensa de nuevo con amor al volverlos á ver, y con placer al encontrarlos otra vez; que no se conocieron nunca y que se recuerdan siempre, á semejanza de amigos que viven únicamente en la fantasía, que nos saludan sin mover la boca siquiera, y á quien nosotros devolvemos el saludo con la imaginación, imágenes sin nombre, rayos sin luz de almas que pasan, personificación de una dulce filosofía, que viven eternamente en el corazón por la fe, por el bien y por el amor que sienten hacia sus semejantes. ¡Ah! cuántos recuerdos en forma de medallas, de bustos ó estatuas, según la actitud en que se me aparecieron con el billete entre los labios, con el portamonedas entre las manos, con los brazos tendidos hacia las campanillas del carruaje, vistas una sola vez, vueltas á ver ciento, entrevistas únicamente en el cruce rapidísimo de dos tranvías huyendo á lo largo de la línea, pero todos reapareciendo de continuo en mi memoria como la imagen de una humanidad privilegiada como un Turín ideal! Y en los momentos que me sentía cansado de la vida, cuando sentía odio al mundo, esas caras fantasmas me rodeaban diciéndome:

—¿Y nosotros? ¿Y nosotros entonces? ¿Para qué ocultarlo? ¡Eres injusto!

Y gracias á ellas me reconciliaba con la vida, con mi destino, sentía que los días grises y frescos del invierno me llevaban todavía hálitos de la primavera, y sentía también que el influjo del hermoso Mayo, mes de las flores, me endulzaba la sangre y esclarecía mi alma.

*
*
*

Mayo se cerró para mí con un caso digno de un soneto de Belli. Imaginad una jardinera en día de fiesta, corriendo por entre la luz del sol en el paseo de la Reina Margarita, atestada de señoras y caballeros, entre los que lucían los sombreros de copa, las barbas blancas, negreaban los sombreros de los sacerdotes y centelleaba el kepis dorado de un coronel de artillería: un coche lleno de burgueses silenciosos y serios semejando que iban á una ceremonia solemne á la que parecía dar guardia de honor un municipal de gran uniforme, de pie, al lado del cochero. Otra jardinera en la línea de al lado venía en dirección contraria, llena también de gente acomodada, con otro guardia municipal en la plataforma delantera y siete filas de rostros que respiraban bienestar, madres severas de señoritas que guardaban perfecta compostura. Pues bien; sucedió lo siguiente: En el momento que las dos jardineras pasaron una junto á otra, un jovencito que iba en la que yo estaba y una mujer sentada en la otra (dos amantes como se comprenderá, que se encontraban por acaso después de una larga separación forzada), se reconocieron á la primera mirada, y levantándose como dos monigotes de resorte, con los brazos tendidos hacia el cochero, lanzaron ambos un grito de alegría:

—Alto, pára.

Los dos carruajes se pararon á unos diez pasos de distancia uno de otro lanzándose precipitadamente de ellos el joven y la mujer; se abrazaron

fuertemente, cambiando cuatro besos sonoros como tiros de carabina de aire comprimido. Y en lo alto de las dos jardineras paradas en firme un momento, los cocheros estupefactos, y los burgueses graves, las mamás severas, las señoritas timoratas, y los sacerdotes, y los oficiales del ejército, y los representantes del municipio... alargaron la cabeza para ver aquella original escena.

Apenas los dos tranvías reemprendieron la marcha, cuando un señor gordo y majestuoso que estaba junto á mí expresó en breves palabras el pensamiento común, inclinando gravemente la cabeza:

— ¡Buena la hemos hecho! ¡Hemos tenido una vela!
Sí; indudablemente eran efectos del hermoso mes de Mayo.

CAPÍTULO VI

Junio.

¡Oh! admirable *Carrozza di tutti!* Con el exceso de calor que hace y que obliga á mucha gente á llevar descubierta la cabeza, ábrase para mí un nuevo campo de estudio: el de las cabezas, pues en ninguna parte como en las jardineras se puede dar mejor observatorio para nuestros ojos, ya que en plena luz es fácil observar los defectos y las buenas cualidades de los semejantes. Algunas cabezas hay que, vistas al pasar desde la calle, podemos creer que están en buen estado, cuando vistas desde el observatorio que os digo aparecen claramente con todas sus miserias y deficiencias. Algunas tristes, peludas, que guardan un mechón de pelos como una divisa suprema, como se yergue sobre